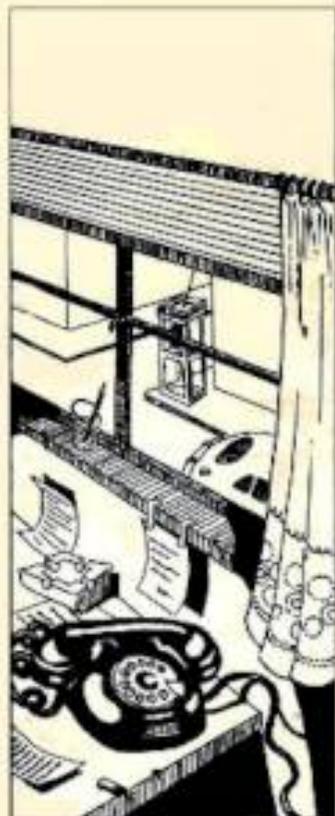
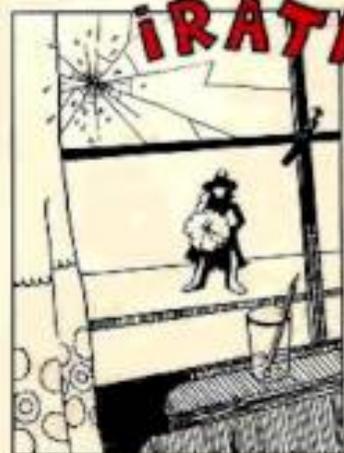


paco ignacio taibo II

DIAS DE COMBATE



IRATA-TA-TA-TA-TA!



Ésta es la primera gran novela policiaca mexicana. Es, también, algo más: un retrato de la Ciudad de México y una búsqueda de las relaciones y el clima que engendran a un asesino.

En un país en el que «la nota roja ha trascendido su lugar de origen para llegar a las páginas de sociales y a las declaraciones públicas», el detective Héctor Belascoarán Shayne busca a un estrangulador que cobra, a lo largo de la obra, doce víctimas para «ofrecer carne fresca a los mastines de la policía y la prensa».

Taibo maneja varios niveles de narración en ésta su primera novela con la destreza del mejor Raymond Chandler. Presenta una anécdota llena de vida alrededor de su extraordinaria figura central, ese detective complejo, contradictorio y humano que comparte su oficina con un plomero lumpen y socarrón, ese hombre que es llevado por su tenacidad, progresiva e irremediabilmente, hasta el asesino.

Para Marina que quería meterle
mano a las teclas de la máquina.

Para Berlarmino el cabezón y Francis
que decían que iban a escribir una
novela policiaca en horas de oficina.

Sintiendo que el campo de batalla le pertenece,
empezó a obrar por sus propios medios.

LEÓN TROTSKY

El abismo no nos asusta,
es más bella el agua despeñándose.

RICARDO FLORES MAGÓN

I

... Y las tinieblas cubrían
la superficie del abismo.

GÉNESIS

—Abusado, güey, que me los pisa —le dijo al plomero, con el que compartía el despacho.

—Pues pa'qué los pone en el suelo.

—Para verlos todos, carajo.

—¿Al mismo tiempo?

—A la mierda.

—Una hermana —vaticinó impertérrito Gilberto el plomero, se ladeó la gorrita de Sherwin Williams y salió.

Héctor esperó el chasquido de la puerta y prendió un cigarrillo. Lo fumaba despacio, lleno de calma, como si el insulto le hubiera dado la dosis de paz necesaria para volver a encaminar las ideas en el riel.

Hacía frío afuera, más frío que de costumbre. En los últimos minutos, los ruidos del tránsito habían comenzado a crecer; el torrente de la jodida fiesta de humo y claxonazos, escapes aullando y semáforos en rojo: la sinfonía de las siete de la noche. Héctor caminó hacia la ventana y la cerró. Luego volvió a contemplar los periódicos desparramados ordenadamente por el suelo. Las lecturas tempranas de Hemingway lo habían convencido de que uno termina invariablemente compartiendo algo con el enemigo. Que la caza es el proceso en que la presa y el hombre se van identificando; pegando el sudor ajeno al propio, buscando una piel única que culmina con la muerte. Por eso, buscaba, una y otra vez en los periódicos: una imagen, una idea, una pista, una forma. Un enemigo tangible. Pero el fantasma se diseñaba cada vez más difuso, más próximo al sueño, al encuentro accidental. Los lugares comunes se volvían un asedio que Héctor rehuía y desviaba con la paciencia del caba-

llero medieval imbatible y bendito, rodeado de sarracenos empeñados en chingarlo.

El ruido se iba acumulando tras los cristales y desapareciendo en la noche. Después de aquel cigarrillo siguieron cuatro más. La ceniza se esparcía casi invisible formando una carretera que seguía fielmente los pasos de Héctor.

Había perdido la idea original y había pasado a ojear otras historias accidentalmente incluidas en los recortes de periódico: sociales, carteleras de cine, discursos del gobernador de Nuevo León.

—Al fin y al cabo pura nota roja —musitó Héctor y sonrió ante el deslíz.

En un país donde la nota roja había trascendido de su lugar de origen a las páginas de sociales, se había escondido en la cartelera de los cines, en las páginas de deportes. En un país donde es nota roja las declaraciones del diputado, nota roja las frases del secretario de Gobernación, nota roja la boda Lanzagorreta-Suárez Reza, nota roja los comentarios del entrenador del Cruz Azul. Nota roja, incluso, los anuncios clasificados, pensó sonriendo.

—En un país como éste —pensó en voz alta, y apagó la última colilla. Buscó en la cartera un boleto del Metro y se limpió las uñas con él, mientras revisaba por última vez los periódicos.

Se acomodó la pistola en la cintura evitando que la mira le lastimara los testículos y salió lentamente hacia el frío.

En el elevador se frotó los ojos desperezándose y contempló de reojo a una secretaria que prudentemente se había colocado hasta el otro extremo.

El frío de la calle lo lanzó de nuevo hacia el riel de las pequeñas ideas inútiles. Se contempló en una vidriera. Siguió caminando. Una música navideña, que salía de una tienda de discos, le resultó molesta.

Cuando estaba entrando en la boca del Metro Pino Suárez, volteó inquieto como si algo lo estuviera siguiendo. Inmerso en el manantial de la gente fue impulsado por el

Metro (estaciones y letreros, entradas y salidas, transbordos, un café tomado al volapié en Balderas) hasta la salida Tacubaya Sur de la estación Chapultepec. El frío le pegó de nuevo en la cara y sintió cómo los engranes habían vuelto a funcionar después del aplazamiento. Fue hacia su casa dando pequeños rodeos para comprar pan en «La Queretana», y leche, jamón y huevos en una pequeña tienda de abarrotes que sólo tenía como razón social visible un letrero de Orange Crush. Una mujer de ochenta años lo detuvo a media cuadra de la casa para pedirle limosna; traía un saco lleno de pan duro en la espalda, y le contó una larga historia sobre la necesidad que tenía de operarse los ojos, Héctor le sonrió y le dio todo el dinero que traía, cosa de ocho pesos. Caminó hacia el edificio de departamentos mientras recordaba la mejor explicación que su exmujer le había dado sobre por qué se separaron: «El día en que sepas para qué me quieres, vienes y me lo dices». Pensó, mientras esbozaba una sonrisa, mitad gesto congelado, que no era nada convincente decirle que quería acostarse con ella otra vez. Era el camino que había elegido. Subió poco a poco la escalera y entró a su casa. Cuando encendió la luz, los ojos buscaron el calendario para constatar que faltaban quince días para su cumpleaños.

¿Treinta y uno, no?, se preguntó. Entró a la recámara cuidando de no pisar los periódicos extendidos cuidadosamente por el suelo. Cayó sobre la cama, se bebió la leche directamente del envase y comió un par de bolillos con jamón, sacudió las migajas, encendió la radio; dio un par de vueltas en torno al librero. Tomó, después de pensarlo un poco, *Los aventureros de Malraux*, se tiró encima de la cama, leyó un par de horas y se quedó dormido. En medio de los sueños, sintió que en el riel comenzaba a moverse el tren. Se medio despertó, se sacudió un poco de la bruma y se desnudó. El sueño lo volvió a pescar cuando se metía en el lado de la cama dónde las sábanas seguían heladas.

—¿Y usted, qué, no trabaja?

Había añadido nuevos recortes y los estaba observando con cariño.

—Pago la renta, ¿no?

—Ni qué —dijo el plomero mientras acomodaba sus útiles en su parte de despacho.

Seguía haciendo frío, a pesar del sol mañanero que pasaba a través de los vidrios sucios. El despacho estaba abierto al ruido de Pino Suárez; al ruido de las oficinas de al lado, llenas de abogados, empresas fantasmas, pequeños sindicatos charros, un dentista arrugado por el paso del tiempo sin clientes; una distribuidora de cuentos de monitos, y un baño excesivamente cercano y oloroso.

La placa le provocaba a veces risa, a veces un coraje lento, y una que otra vez una vaga sensación de orgullo.

BELASCOARÁN SHAYNE: Detective.

GÓMEZ LETRAS: Plomero.

Tenía para tres meses más de rentas y comida, después tendría que arrastrarse al viejo empleo, o buscar uno nuevo.

—¿Y qué, pagan algo por agarrar a ése? —dijo Gilberto el plomero.

—No, creo que no...

—¿Y por qué no le da a otras chambas? O de jodida le entra de madrina a la judicial... si le gusta lo de policía...

Héctor pensó que no valía la pena contestar. Recogió los periódicos medio manchados por las frecuentes pisadas de Gilberto, los guardó en medio de una cartulina doblada y se fue a comer con Teodoro y su mujer.

En la entrada del Metro, volvió a sentir la sensación de ser vigilado y reaccionó girando la cabeza: Una respuesta vertebral.

Metió el boleto en la ranura automática, compró la Extra, pensó que con el dinero que le quedaba podía irse: a Los Ángeles, a Buenos Aires, a Belgrado, al carajo...

Al carajo. Vivir era correr buscando un lugar donde meter la vida. Que alguien te metiera un tiro porque sí, para que mereciera la pena la tromba en la que uno danzaba. El amor era el fraude del que iban prendidos: él y el viejito que pegaba timbres en las postales navideñas. Había una fiesta en los escaparates de ropa barata de Milano, en las tortas de a dos pesos, en los ojos brillantes de una quinceañera que caminaba recta sobre unos zapatos tenis y unas tobilleras. El último monumento sobre la Tierra, la muchacha que se cepillaba el pelo, y el viejo que contemplaba el timbre pegado firmemente.

Héctor sintió un escalofrío, era el aire inhumano del Metro y la fiebre que crecía.

Se puso a leer el periódico con las dos manos temblorosas. Los carros del Metro llegaron aullando y se lo llevaron. La estación vacía volvió a llenarse poco a poco.

—¿Y qué, no has encontrado mejores motivos?

—Ninguno...

—¿No te parece absurdo? —preguntó Teodoro mientras ayudaba a su mujer a colocar los cubiertos.

Héctor estaba hundido en un sillón de plástico y miraba hacia la calle mientras fumaba. Los hombrecitos del suelo, los arbolitos, los cochecitos. La ciudad diminuta y suave, blandengue y sonrosada. La ciudad lenta, de clase media afable. La ciudad inventada por los que viven en un séptimo piso.

—Supongo que son absurdas.

—¿El qué? ¿El qué son absurdos? —preguntó Ana María.

Los vasos, la jarra de agua de limón, la mantequilla, la barra de pan negro, la fuente con ensalada de tomate, el

salero.

—Sus motivos para ser detective. —Teodoro apartó unos libros del sillón y buscó el encendedor.

Héctor esbozó una sonrisa. Luego la idea se le metió en la frente, y la sonrisa se dispersó en la boca. Fastidiaba, fastidiaba bastante la ausencia de aristas, de bordes, de violencia. Hacían un matrimonio pastoso, dulce. Héctor se sentía amelcochado; un poco envidiando la suavidad de la casa, del disco de Bossa Nova, de la mesa arreglada, de los libros ordenadamente desordenados que se apilaban por lugares no excesivamente molestos. Buscó con la mirada algo de qué asirse, algo que lo remitiera al vendaval, al huracán que afuera seguía gimiendo. Al huracán que, por qué no, necesitaba inventarse todas las mañanas para seguir viviendo. Debería tener dolor de muelas, o estar convaleciendo de una herida de bala. El guerrero reposando, algo así. No el reposo sin sentido al que se estaba sometiendo. Dudó entre sentarse a comer o irse, incluso barajó dos o tres posibles excusas.

—Teodoro piensa que no son suficientes motivos para ser detective apellidarse Belascoarán Shayne. Ser hijo de un capitán de marina vasco y de una cantante irlandesa de folk —dijo y pasó a sentarse.

Con un gesto, Ana María obligó a Teodoro a que no encendiese la pipa, y sonrió condescendiente.

—No, motivos son suficientes. Pero suena muy neoyorquino, muy cosmopolita, poco mexicano. Sospecho que no es demasiado serio.

Héctor revisó sus motivos y sus actos seriados, casi mecánicos, de los últimos días, mientras le ponía sal a la sopa.

Alquilar un despacho, compartirlo con un plomero, poner un escritorio viejo sacado de la Lagunilla, hacer colas interminables para sacar una licencia de detective, terminar comprándola en una academia que daba cursos por correspondencia, comprar una pistola, registrarla, sacar cédula profesional. Sentarse en el escritorio y esperar fumando,

colgar una placa reluciente, rechazar al licenciado Suárez, vecino de piso, cuando ofrecía contratarlo para averiguar los malos pasos de una hija diecisieteañera. Sonreír a medias, perder la sonrisa y, mientras tanto, recortar. Recortar pedazos de todos los periódicos, adivinar, leer entre líneas, reconstruir, reorganizar en la cabeza calles y casas, refabricar ambientes, sugerir pequeñas ideas al tren que iniciaba su lento camino por el riel. Recortar, acomodar en el piso... Ir poco a poco creando la idea del cazador, la idea de la presa.

—Suenas divertido —dijo Teodoro saliendo de su ensimismamiento. Ana María sonrió.

«Divertido no», pensó Héctor. «Divertido, definitivamente, no».

Otras cosas. Intenso, terrible, irracional, apasionante. Mucha pasión sobre cada pequeño acto para darle la categoría de fundamental. Mucho amor en la caza que había iniciado.

—¿Has visto a...? —preguntó Ana María.

—Sí, la vi en la calle, a lo lejos, el otro día... Sólo de lejos.

—¿No te molesta que hablemos de eso, verdad? —intervino conciliador, Teodoro.

—No, en absoluto.

—Es la primera vez que hablamos... Y, este... resulta absurdo, ¿no?

—Totalmente.

—Absurdo, porque no debería darle tantas vueltas. Desde que entraste quería preguntarte por qué pasó todo eso.

—¿El qué?

—La separación, el que dejaras el empleo así de un golpe. Todo, pues.

—No sé muy bien.

—Claro, si no quieres...

Ana María puso la fuente con el guisado en el centro de la mesa.

—No creo que pudiera explicar nada, ni yo mismo lo sé bien... Ni yo... —Héctor se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Este... —dijo a modo de despedida.

—Espera, oye, Héctor —dijo Teodoro.

Rentó un coche y salió de la ciudad. Llegó hasta Contre-ras, abandonó la carretera y estuvo un par de horas disparando contra un lejano blanco casi imaginario. Trabajó fría-mente, aprendiendo las superficies, las curvas, los peque-ños mecanismos de la pistola. Cuando el frío aumentó, se subió el cuello del saco y regresó al coche. Manejó despa-cio, con la radio encendida y las ventanas cerradas, hasta la agencia. Pagó rigurosamente los kilómetros usados. Salió nuevamente a la calle y se sentó en el primer parque que encontró después de caminar media hora.

La muerte reposaba sobre la ciudad como un halo; un halo suave, incoloro, intangible. Héctor, desde la banca he-lada en la que estaba sentado, iba situando los límites, los perfiles:

Al Norte, la Industrial Vallejo, una calle sin nombre, con dos fábricas, un baldío, una gran barda gris. En el rompe-vientos azul del cadáver, en la bolsa superior, junto a una pluma atómica y una libreta de direcciones, el primer men-saje: el cerebro asesina. Era la broma cruel, la última patada en el hocico a la muchacha muerta. El periódico extendido en la oficina, declaraba una edad vaga (entre los trece y los dieciocho).

La foto no dejaba ver mucho más: Un suéter claro bajo el rompevientos, una falda pegada de color oscuro, un pei-nado de salón, tez oscura. Hora posible del deceso, las

9:30 de la noche (de 8:30 a 10:30). Hora del descubrimiento del cadáver: 11 de la noche. Una patrulla de tránsito que seguía a un Ford Falcon gris por haberse pasado un alto en la glorieta de Vallejo descubrió a los mirones que rodeaban el cuerpo.

Dos días más tarde había sido identificada como «Amelia Valle Gutiérrez, 16 años, estudiante de secundaria en la Aquiles Serdán, hija de Feliciano Valle, machetero repartidor de la Sidral Mundet, Josefina Gutiérrez de Valle, ama de casa, segunda de siete hermanos... Había salido a comprar el pan y no regresó. No la buscamos porque a veces se...».

—Dos al pastor, un agua de jamaica y una quesadilla — pidió.

Se había metido en una taquería cuando el frío había apretado. Mientras mascaba mecánicamente la comida, el tren sobre el riel comenzó a descarrilar. Un asesino que repite seis veces la misma mecánica, que mata seis veces a mujeres que probablemente no conoce. En una ciudad como México. El primer crimen hace un mes, luego a los diez días otro, y diez días más tarde el tercero. Después, el tiempo entre acción y acción había disminuido; los tres últimos se habían amontonado en la última semana. Las manchas rojas en el calendario de Héctor, a lo lejos parecían una línea: martes-jueves-viernes.

—Otros dos al pastor, y uno de chuleta.

¿Qué había presionado al asesino? ¿Por qué se había disparado? Estaba en la última etapa de una carrera y se había lanzado en un sprint furioso. El mundo había empezado a arder en torno a él y estaba esperando el final. Héctor machacaba lentamente todas estas ideas simples, las reducía a su mínimo contenido. Ahora, estaba cansado. Antes, durante todo un mes, había navegado en los laberintos de la complejidad; había navegado por la cabeza del ase-

sino y por la suya propia con la desesperación del suicida. Ahora, quemaba el suelo bajo sus pies. Había recorrido calle tras calle, había intentado pensar como el hombre que rascaba en la purulencia de la ciudad rastreando víctimas.

En los últimos días, los simulacros de Héctor habían asustado a varias adolescentes, a una señora que volvía del mandado y a una secretaria que esperaba a su novio en la esquina de San Juan de Letrán y Artículo 123.

Había intentado investigar científicamente: revisar archivos de violencias conyugales sangrientas en los últimos diez años, hacer tablas de horarios (no había coincidencias notorias), de las zonas (cualquier parte de la ciudad fue escenario), de las edades de las muertas (16, 40, 27, 25, 52, 19), de sus ocupaciones (estudiante, prostituta, secretaria, maestra de primaria, dentista, estudiante), de sus procedencias sociales (clase media y baja) que no indicaron nada. De sus pasados (nada en común excepto que la última estudiante y la doctora dentista habían estudiado en la misma secundaria con 22 años de diferencia), de sus hábitos (y éste había sido el caos: coincidencias en cines, lugares donde compraban ropa, dos de ellas frecuentaban una nevería, otra arreglaba sus útiles domésticos en el taller del padre de la secretaria). Había incluso buscado en el clima... Y ni siquiera la lluvia fina de noviembre aparecía como una constante a pesar de que él insistió en imaginárselo así. Y hurgaba en el monstruo en el que se había sumergido. La ciudad comentaba, se inquietaba despreocupándose. La policía utilizaba sus métodos tradicionales: la mexicana alegría (torturar a cuarenta lumpenes, soltar 100 pesos a cien chivatos del hampa policiaco y aumentar el número de patrulleros nocturnos; advertencias a las amas de casa para que no abandonaran muy tarde sus hogares, para que no anduvieran solas). Y Héctor seguía hundiéndose en el agujero, con sus periódicos extendidos en el suelo de la oficina, sus insomnios, sus tics, su pasado que se diluía en la carcería. Un mesero se acercó a retirar los platos usados y le